

invadió la plaza, y los precios de la construcción alcanzaron cifras fabulosas. Todos los comerciantes cotizaban en dólares –como si fuera nuestra moneda nacional– y se inflaron los valores en tal forma, que llegó a costar más caro el metro construido en Punta del Este que en Nueva York, en pleno Manhattan. Surgieron edificios altos a un ritmo vertiginoso. Los estudios de los arquitectos trabajaban a pleno régimen y los proyectos salían en cadena, cual si fueran automóviles de una línea de montaje. El apremio de los inversionistas se trasladaba a los profesionales y, por ello, los proyectos no alcanzaban a estudiarse debidamente.

La «quimera del oro» –como se la llamó– llevó a la construcción a un auge como jamás se conociera en el país, razón por la cual los materiales comenzaron a escasear y, consecuentemente, a subir su precio. El balance del *boom* fue desalentador. Frente a la enorme masa edificada, fueron pocos los aportes relevantes: esa premura que comentamos atentó contra un serio estudio de los proyectos. Inclusive hubo desastres que lamentar, ya que la desordenada especulación no tuvo reparos en destruir el medio ambiente natural o demoler edificios representativos del pasado patrimonial del país

Felizmente, no todo fue así: hubo profesionales que continuaron brindando un nivel satisfactorio del producto arquitectónico que elaboraban; son dignos de incluir, en esta nómina, entre otros, el Estudio Cinco; a Gómez Platero & López Rey; a Cagnoli, Valenti & Silva Montero; a Walter Pintos Risso; a Julio Villar Marcos y Susana Pascale de Villar. Todos pugnaron por mantener un buen nivel, pese a trabajar contra reloj. Además de los edificios en altura surgidos con fines especulativos, se levantaron suntuosas residencias de veraneo en los principales balnearios oceánicos, especialmente en Punta del Este, tipo de construcción en la cual destacó el arquitecto Walter Chappe.

Todo terminaría abruptamente el 25 de noviembre de 1982, cuando se produjo la ruptura del sistema cambiario vigente en el país que favorecía esa falsa prosperidad. Ello provocó una debacle financiera que arruinó a infinidad de inversionistas y paralizó la industria de la construcción. Así quedaron inconclusos, durante años, numerosos edificios que sólo exhibirían sus estructuras deterioradas de hormigón como testigos mudos de la pasada euforia.

En julio de 1982, el gobierno francés presidido por François Mitterrand promovió un concurso internacional de anteproyectos para la Ópera de la Bastilla de París, a fin de que el nuevo complejo estuviera terminado el 14 de julio de 1989, para servir de jalón recordatorio del bicentenario de la Revolución Francesa. Se presentaron 750 proyectos y el entonces joven

arquitecto uruguayo, Carlos Ott Buenafama –egresado de la Facultad de Arquitectura de Montevideo en 1971– lo ganó para proyectar internacionalmente–junto a Julio Vilamajó y Román Fresnedo– la arquitectura uruguaya, aunque en 1961, Román Fresnedo Siri había ganado –entre más de 300 participantes– el primer premio del concurso internacional para erigir la sede de la Organización Panamericana de la Salud en Washington D.C.

En 1990, el mismo Carlos Ott volvió al Uruguay para realizar el vanguardista aeropuerto Capitán Carlos Curbelo de Punta del Este, situado junto a la Laguna del Sauce en Maldonado y la emblemática Torre de las Comunicaciones de ANTEL que sobresale sobre el paisaje de la bahía y el puerto de Montevideo.

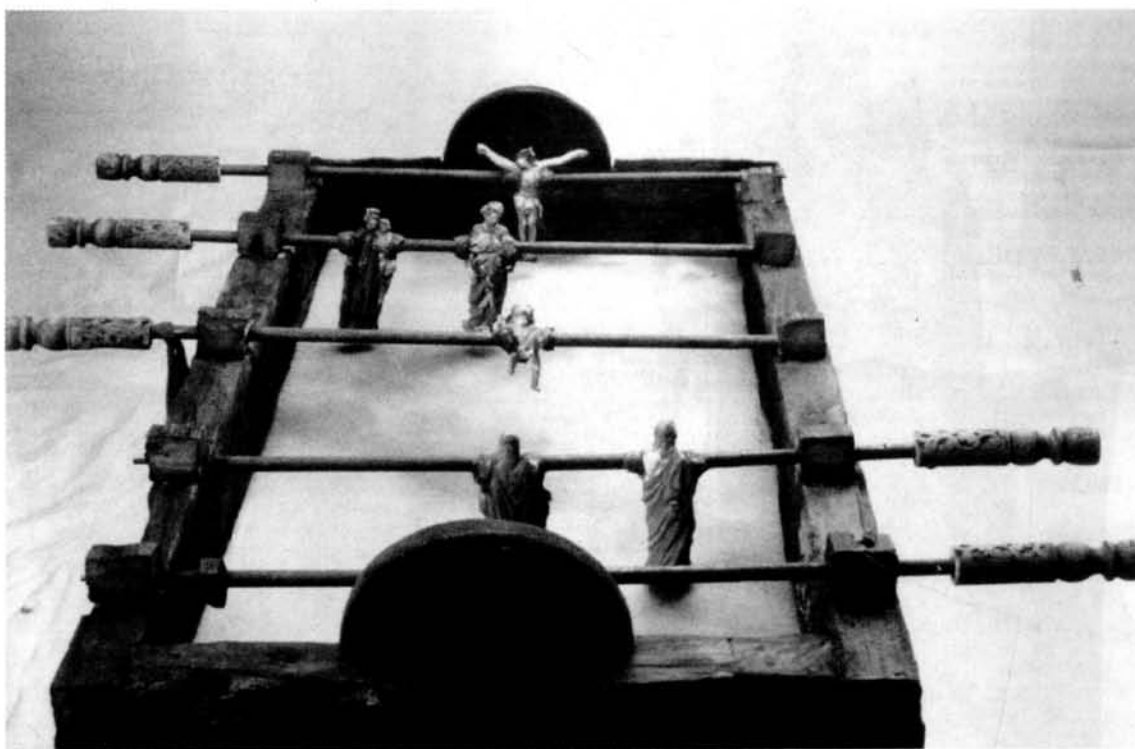
Pese a estas significativas obras, la arquitectura uruguaya actual asiste a la misma crisis de valores perceptible a nivel mundial. Después de la desaparición de los «Cuatro Grandes» –Wright, Le Corbusier, Mies y Gropius– es perceptible una cierta desorientación que se traduce en la revisión fuertemente crítica de las escuelas fundadas y en la aparición de tendencias como el «tardomoderno» o moderno tardío, el neomoderno y el posmoderno en sus dos versiones: la inclusivista y la exclusivista. En Uruguay, en gran parte como consecuencia de lo poco que se construyó una vez finalizado el *boom*, ha habido escasos ejemplos de las nuevas tendencias, aunque en los trabajos de los alumnos de la facultad y, también, en los proyectos presentados en los últimos concursos, se advierte el mismo desconcierto que reina en el ambiente.

Por eso preocupa que el actual elenco profesoral desdeñe insistir en los principios básicos de la construcción y, atraído por el prurito de querer aparentar «estar a la moda», enseñe formas más propias de la decoración teatral que de una buena y honesta arquitectura. Preocupados por atender una posible clientela de «nuevos ricos» se olvidan de los sólidos principios que guiaron las ideas renovadoras de los pioneros del «racionalismo» y de la «arquitectura orgánica». Hoy la innovación consiste en colocar desmesurados ojos de buey –desproporcionados con el resto de la fachada– columnas griegas de acero inoxidable sosteniendo capiteles jónicos huecos; plantas de edificios que parecen dibujadas en dos etapas: una, la del contorno, la regla T y escuadra y, otra –la de los tabiques interiores– girada 45° con respecto a la anterior, generando espacios inaprovechables y encuentros forzadamente mal resueltos.

Se ha olvidado que debe existir una adecuación de la envolvente espacial con la función que dentro de ella deba cumplirse, la que es *conditio sine qua non* de toda buena arquitectura. En este sentido, ha resultado importante la exposición del arquitecto-ingeniero valenciano Santiago Calatrava

presentada en el Museo de Artes Visuales de Montevideo, cuya obra aún forma y función con un soporte estructural de rara belleza.

Aunque parezca inoportuno que en un momento de recesión y de real angustia económica como el que se vive en la actualidad, se hayan erigido edificios de carácter suntuario dentro de la corriente *High Tech*, no todo ha sido tan negativo en estos últimos años. El Montevideo Shopping Center, edificado respetando la estructura y fachada del antiguo penal de Punta Carretas y el complejo de salas de espectáculos del Nuevo SODRE, construido sobre las ruinas del edificio de la Sala del Estudio Auditorio del SODRE incendiado el 18 de septiembre de 1971, son ejemplos paradigmáticos de una rica tradición de modernidad, capaz de resurgir de entre las cenizas o transformando espacios de encierro en paisajes de libertad.



Federico Arnaud. *El juego de los milagros*, 1999. Instalación



Edificio «Centenario» (1930). Arqs. Octavio de los Campos,
Milton Puente e Hipólito Tournier. Calle 25 de Mayo esq. Ituzaingó.